

«Uno de esos escasos escritores que  
ennoblecen el término "superventas"» —La Nueva España

# DAVID MORRELL

610

DO NOT  
DISTURB

NOVELA GANADORA DEL PREMIO STOKER 2006

# ALLANADORES

Una fría noche de octubre, cinco personas se reúnen en la costa de Jersey para preparar el allanamiento del Hotel Parangon. Construido durante los años gloriosos de Asbury Park por un millonario, el magnífico edificio está ahora apuntalado y listo para su demolición.

Las cinco personas son «allanadores», término que designa a los exploradores urbanos: arqueólogos de ciudad cuya pasión es investigar edificios abandonados y sus secretos. Esta noche los ha reunido un reportero que quiere escribir un artículo sobre ellos para The New York Times.

Cuando el grupo se adentra en el túnel que conduce al hotel, se da cuenta de que el edificio es mucho más de lo que pensaban: un lugar arrasado por el tiempo y habitado por el mal.

Para Jack Finney y Richard Matheson, cuya imaginación siempre me inspira.

«... sitios a los que se supone que no se debe ir».  
—Objeto de la página web infiltration.org

«... El infierno está vacío  
y todos los demonios están aquí».

—Shakespeare, *La Tempestad*

9:00 p. m.

# 1

Allanadores.

Así se hacían llamar, y eso serviría para una buena historia, pensó Balenger, lo que explicaba por qué se reunió con ellos en este motel de Nueva Jersey, dejado de la mano de Dios, situado en una ciudad fantasma de 17.000 habitantes. Meses después todavía no sería capaz de soportar encontrarse en cualquier habitación con las puertas cerradas. El olor a moho que hace que se abran las aletas de la nariz seguiría disparando el recuerdo de los gritos. El resplandor de una linterna sin duda le haría sudar.

Después, mientras estaba convaleciente, los sedantes aflojaron las barreras de acero que él mismo había impuesto a su memoria, y permitieron que salieran disparados sonidos e imágenes frenéticos. Ese era el momento en el que él podía haberse dado la vuelta y haberse ahorrado la creciente pesadilla de las ocho horas siguientes. Sin embargo, en retrospectiva, aunque había sobrevivido está claro que no se había salvado. El reportero se culpaba a sí mismo de no haberse dado cuenta de lo excesivo que parecía todo. Conforme se acercaba al motel, el romper de las olas en la playa a dos bloques de distancia parecía anormalmente fuerte. Una brisa tiraba arena sobre una acera deteriorada. Las hojas muertas crujían a lo largo del pavimento resquebrajado.

Sin embargo, el sonido que más recordaba Balenger, el que él se decía a sí mismo que debería haberle hecho reti-

rarse, era un clang clang clang lastimero y rítmico que se propagaba a lo largo de las calles abandonadas. Era áspero, como producido por una campana rota, pero pronto conocería su verdadero origen y cómo representaba la desesperanza en la que estaba a punto de entrar.

Clang.

Podría haber sido una advertencia para que los barcos no se acercasen y evitaran el desastre.

Clang.

También podría haber sido el tañido por un funeral.

Clang.

También podría haber sido el sonido del Juicio Final.

## 2

El motel tenía doce habitaciones. Solo estaba ocupado el módulo 4, a través de cuya fina cortina se filtraba una pálida luz amarilla. El exterior estaba destartado, tan necesitado de pintura y reparación como todos los demás edificios de la zona. Balenger no pudo evitar preguntarse por qué lo había elegido el grupo. A pesar de los tiempos difíciles que había sufrido la comunidad, todavía había algunos sitios decentes en los que quedarse.

La fría brisa le hizo subirse la cremallera de su chubasquero hasta el cuello. Era un hombre de hombros anchos y treinta y cinco años; tenía el pelo corto y trigueño, y la experiencia grabada en la cara, lo que muchas mujeres encontraban atractivo, aunque a él solo le importaba una mujer. Se detuvo fuera de la habitación, para esperar a ser capaz de controlar sus pensamientos y para preparar sus emociones de cara al papel que necesitaba asumir.

Balenger oyó la voz de un hombre a través de la endeble puerta. Sonaba joven.

—El tío llega tarde.

Una voz de mujer, también joven.

—Puede que no vaya a venir.

Un segundo hombre, mucho mayor.

—Cuando contactó conmigo estaba entusiasmado con el proyecto.

Un tercer hombre, joven, como las dos primeras personas.

—No creo que sea buena idea. Nunca antes hemos llevado a un extraño con nosotros. Nos entorpecerá. No deberíamos haberlo acordado.

Balenger no quería que la conversación continuara en esa dirección, así que decidió que ya estaba todo lo centrado que iba a estar y llamó a la puerta.

La habitación se quedó en silencio. Después de un momento se abrió un cerrojo. La puerta se abrió todo lo que permitía la cadena de seguridad. Se asomó una cara con barba.

—¿Profesor Conklin?

La cara asintió.

—Soy Frank Balenger.

Se cerró la puerta. Chirrió una cadena. La puerta se abrió de nuevo, y dejó ver a un hombre de sesenta años con sobrepeso silueteado por la luz.

Balenger sabía la edad del hombre porque lo había investigado a fondo. Robert Conklin. Profesor de Historia en la Universidad Estatal de Búfalo. Se manifestó contra la guerra de Vietnam durante sus años de posgrado. Lo encarcelaron tres veces en distintos actos políticos, entre ellos la marcha hacia el Pentágono de 1967. Fue arrestado una vez por posesión de marihuana; se retiraron los cargos por falta de pruebas. Se casó en 1970. Enviudó en 1992. Un año después se convirtió en allanador.

—Son más de las nueve. Habíamos empezado a preguntarnos si iba a venir.

El cabello gris del profesor hacía juego con su barba. Llevaba unas gafas pequeñas y tenía las mejillas pronunciadas. Después de mirar fuera cuidadosamente, cerró la puerta y echó el cerrojo.

—Perdí el tren anterior en Nueva York. Siento haberles retrasado.

—Está bien. Vinnie también ha llegado tarde. Nos estamos organizando.

El profesor, que parecía fuera de lugar con pantalones vaqueros, jersey y chubasquero, señaló a un hombre delgado de veinticuatro años que también vestía vaqueros, jersey y chubasquero. Las otras dos personas jóvenes que ocupaban la habitación también llevaban la misma ropa. Balenger también, quien seguía las instrucciones que se le habían dado, hasta la de asegurarse de que todas las prendas fueran oscuras.

Vincent Vanelli, titulado en Historia, Universidad Estatal de Búfalo, 2002. Profesor de Secundaria en Siracusa, Nueva York. Soltero. Madre fallecida. Padre incapacitado para el trabajo a causa de un enfisema pulmonar producido por el tabaco.

Conklin se giró hacia las otras dos personas, un hombre y una mujer. Ambos también tenían veinticuatro años; Balenger lo sabía por sus investigaciones. La mujer tenía el cabello pelirrojo recogido en una coleta, una boca sensual que a muchos hombres les habría costado trabajo no mirar, y un cuerpo que ni el jersey ni el chubasquero lograban esconder. El hombre que estaba a su lado era bien parecido, tenía el pelo castaño y era de constitución fuerte. Aunque Balenger no hubiera investigado su historial hubiera sabido que a este hombre le gustaba hacer ejercicio.

—Soy Cora —dijo la mujer con una voz agradablemente profunda— y este es Rick.

De nuevo, solo nombres de pila; de todos modos Balenger sabía que su apellido era Magill. Ambos se titularon en Historia por la Universidad Estatal de Búfalo en 2002 y estaban cursando en la actualidad el programa de postgrado de Historia de la Universidad de Massachusetts. Se conocieron en 2001. Se casaron en 2002.

—Encantado de conocerles a todos.

Balenger estrechó las manos de todos los allí presentes.

El momento de tensión se terminó cuando Balenger señaló los objetos que descansaban sobre la ajada colcha.

—Así que estas son las herramientas del oficio.

—Supongo que si viniera alguien que no debiera venir sospecharía algo —se rió Vinnie.

Era un despliegue impresionante de equipamiento: cascos con luz a pilas, linternas, velas, cerillas, pilas de reserva, guantes de trabajo, cuchillos, mochilas, cuerda, cinta de sellado, botellas de agua, martillos, una palanca, cámaras digitales, *walkie-talkies*, frutos secos, barritas energéticas y diversos pequeños dispositivos electrónicos que Balenger no sabía identificar. Había una navaja multifunción, con alicates, cortacables y varios tipos de destornilladores, al lado de un botiquín de primeros auxilios para accidentes en una bolsa de nailon roja. Balenger sabía que el botiquín, que tenía una etiqueta de ProMed, era equivalente al que llevaban consigo los equipos especiales deswat y las unidades militares de operaciones especiales.

—¿Anticipando problemas? Algunas de estas podrían considerarse herramientas de robo.

—Nada más lejos de nuestra intención —dijo el profesor Conklin—. De todos modos no hay nada que robar.

—Por lo que sabemos —dijo Cora—. Tampoco cambiaría las cosas. Miramos, pero no tocamos. Por supuesto que no siempre es posible, pero la idea general es esa.

—Como dice el Club Sierra: toma solo fotografías y deja solo tus huellas —dijo Rick.

Balenger sacó de un bolsillo del chubasquero un cuaderno y un bolígrafo.

—¿Desde cuándo lleváis siendo allanadores?

—Espero que no vayas a usar esa palabra en tu artículo —objetó Vinnie.

—Es parte de vuestra jerga, ¿no? «Mice» quiere decir agente de policía, ¿no es así? «Rompepelotas» son las enormes tuberías por las que tenéis que escalar. «Poppers» son las palancas con las que quitáis las tapas de las alcantarillas. Y «allanadores» son...

—«Infiltradores» es un término que tiene el mismo efecto espectacular con menos connotaciones crueles, aunque

implica que estamos desobedeciendo la ley —admitió el profesor Conklin—. Si somos rigurosos es lo que estamos haciendo.

—¿Por qué no nos llama «exploradores urbanos» o «aventureros de ciudad»? —dijo Cora.

Balenger continuó tomando notas.

—Espeleólogos urbanos —sugirió el profesor—. Investigadores metafóricos de cuevas que descienden a lo largo del pasado.

—Lo mejor será que establezcamos unas normas —dijo Rick abruptamente—. Trabajas para...

—La revista dominical de The New York Times. Ellos me contrataron para escribir artículos acerca de tendencias culturales interesantes. Movimientos alternativos al margen de la sociedad.

—Al margen es exactamente donde queremos permanecer —dijo Cora—. No puede identificarnos en su artículo.

—Todo lo que tengo son vuestros nombres de pila —mintió Balenger.

—Aun así. Esto es especialmente importante para el profesor. Tiene un puesto permanente como profesor titular, pero eso no quiere decir que su decano no le quite la plaza si la universidad llegara a enterarse de lo que hace.

Balenger se encogió de hombros.

—La verdad es que en eso os llevo ventaja. No tengo la más mínima intención de utilizar vuestros nombres o detalles específicos de vuestro pasado. Si yo hiciera que en mi reportaje pareciera que pertenecéis a una organización secreta, lo único que lograría sería añadir más peligro al que ya se supone que corréis.

Vinnie se echó hacia delante.

—A esto no se le supone ningún riesgo. Algunos allanadores han sufrido lesiones muy graves; algunos incluso han muerto.

—Si nos identifica —apuntó Rick— podemos terminar en prisión y tener que pagar multas elevadas. ¿Podemos

contar con su palabra de que no nos pondrá en una situación comprometida?

—Os garantizo que lo que escriba no os causará daño alguno.

Los miembros del grupo intercambiaron miradas de desconfianza.

—El profesor me explicó por qué pensaba que el artículo merecía la pena escribirse —trató de convencerlos Balenger—. Ambos somos de la misma opinión. Vivimos en una cultura de usar y tirar. Gente, plásticos, botellas de refrescos, principios. Todo es desechable. El país tiene un problema de memoria. ¿Hace doscientos años? Imposible de imaginar. ¿Hace cien años? Demasiado difícil pensarlo. ¿Hace cincuenta años? Historia antigua. Una película rodada hace diez años ya es vieja y una serie de televisión de hace cinco es ya un clásico. La mayoría de los libros tiene una vida en las estanterías de las tiendas de no más de tres meses. Las organizaciones deportivas derriban los estadios recién construidos para rehacerlos más nuevos y más feos. La escuela primaria a la que fui fue derruida y en su lugar han construido un centro comercial. Nuestra cultura está tan obsesionada con lo nuevo que destruye el pasado y hace como si nunca hubiera existido. Quiero escribir un artículo que convenza a la gente de que el pasado es importante. Quiero que mis lectores puedan sentirlo, olerlo y apreciarlo.

La habitación se quedó en silencio. Balenger oyó el clang clang clang de fuera y el romper de las olas en la playa.

—Empieza a gustarme este tío —dijo Vinnie.

### 3

Los músculos de Balenger se relajaron. Miró a los allanadores mientras llenaban sus mochilas; sabía que habría otras pruebas para él.

—¿A qué hora entraréis en el edificio?

—Poco después de las diez. —Conklin enganchó un *walkie-talkie* a su cinturón—. El edificio está a solo dos manzanas de aquí, y como ya he hecho el trabajo de reconocimiento, ya no tenemos que perder el tiempo pensando en cómo infiltrarnos. ¿Por qué sonríe?

—Solo me preguntaba si se da cuenta de cuánto se parece su vocabulario al de los militares.

—Una misión de operaciones especiales. —Vinnie enganchó una navaja plegada en el interior de un bolsillo del vaquero—. Eso es lo que es.

Balenger se sentó en una silla que tenía quemaduras de cigarro situada al lado de la puerta y tomó más notas.

—He encontrado mucho material en la página web del profesor y en las otras importantes de Internet como *infiltration.org*. ¿Cuántos grupos de exploradores urbanos creéis que hay?

—Yahoo y Google ofrecen listas de miles de páginas web —respondió Rick—. Australia, Rusia, Francia, Reino Unido. Aquí en Estados Unidos las hay por todo el país. San Francisco, Seattle, Minneapolis. Para los exploradores urbanos, Minneapolis es famosa por su intrincado entramado

do de túneles funcionales conocidos como el Laberinto. Después están Pittsburgh, Nueva York, Boston, Detroit...

—Búfalo —dijo Balenger.

—Nuestro viejo territorio —confirmó Vinnie.

—Los grupos florecen a menudo en zonas con centros urbanos en decadencia —dijo Conklin—. Búfalo y Detroit son los ejemplos más típicos. La gente escapó a las afueras dejando atrás magníficos edificios sin ocupantes. Hoteles. Oficinas. Grandes almacenes. En muchos casos los dueños sencillamente se marcharon. La ciudad se queda con la propiedad en lugar de cobrar impuestos. Sin embargo, es muy frecuente que los burócratas no sepan qué hacer con los edificios, si renovarlos o demolerlos. Si hay suerte, tapian con maderas y conservan los edificios abandonados. En el centro de Búfalo a veces allanamos edificios construidos hacia 1900 y abandonados en 1985 o incluso antes. Mientras el mundo avanza, ellos permanecen igual. Dañados, sí. El deterioro es inevitable, pero su esencia no cambia. En cada edificio que allanamos es como si una máquina del tiempo nos llevara a través de décadas.

Balenger bajó su bolígrafo. Su mirada de interés animó al profesor a continuar.

—Cuando era pequeño solía colarme en los edificios antiguos —explicó Conklin—. Era mejor que quedarme en casa escuchando a mis padres discutir. Una vez, en un complejo de apartamentos tapiado con maderas, encontré un montón de discos de fonógrafo que fueron editados en la década de 1930. No eran *long plays* de vinilo, los que se solían llamar LP, con media docena de canciones en cada cara; estoy hablando de discos hechos de plástico grueso, quebradizo, con solo una canción en cada cara. Cuando mis padres no estaban en casa, disfrutaba poniendo los discos en el tocadiscos de mi padre y los hacía sonar una y otra vez, música antigua chirriante que hacía que me imaginara los estudios de grabación primitivos y las ropas anticuadas que llevaban los artistas. Para mí el pasado era me-